

AÑO XX.—NÚM. 5575.

7 DE ENERO DE 1880.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Miércoles 7 de Enero de 1880.

LA CORRESPONDENCIA DE PARIS.

Literaria, Científica, Industrial, Agrícola, Ar-
tística y Financiera.

Las Navidades, los pobres y los ricos.—Una fe-
ria de aldea en provecho de los pequeños in-
dustriales.—El cambio de temperatura y el
nacimiento del año 1880.—Máquina Bouvet
para el deshielo y las escobas mecánicas de
Sohy.—Ferro-carril aéreo.—Sistemas de
alumbrado en competencia.—El Showspeed
ó indicador de velocidades.—Graduador de
presiones.—Nuevo sistema de extracción en
las minas profundas.—La dinamita aplicada
al hielo.—Siete mil perros, vendidos á 2
francos.—El color más ventajoso para los
porta-torpedos.—La lotería franco-española.
—El teatro de Shakspeare en 1879.—Verdi,
la Opera nacional y la orquesta omnipoten-
te.—Diálogo.

Los días de Noche-Buena y Na-
vidades han trascurrido. Si la so-
lemnidad de las fiestas han llevado
la alegría al seno de la familia, tam-
bien ha llevado el pesar al ánimo del
infeliz. Para los seres privilegiados,
las grandes festividades son un mo-
tivo de dicha pasajera; para el ser
desheredado de la fortuna, para el
individuo que cuenta con brazos
útiles y no tiene de que alimentarse
ni ropas con que cubrirse, los him-
nos de alabanza, el incienso del al-
tar y el festín del opulento, son de-
mostraciones que le hacen sentir,
elevar sus ojos al cielo y meditar.
Por eso Paris, que es la capital de
los contrastes, proporciona á la hu-
manidad en todas ocasiones, los ras-
gos más sublimes de caridad y los
cuadros más aterradores de la mi-
seria. La Natividad de 1879, ha sa-
tisfecho á los ricos y ha consolado á
los pobres. Aquellos, ya gozaron y
cumplieron en la mesa y en el tem-
plo. Estos han obtenido su compen-
sación, con una modesta gaja del
generoso Ayuntamiento.

Esta gaja, es una feria de quince
días.

Una serie de casetas sin unifor-
midad, concierto, ni vista, estendi-
da á lo largo de los bulevares, indi-
cando la importancia del mercado
con las bagatelas que contiene, es lo
que se permite á los pequeños in-
dustriales para constituir y denomi-
nar feria. La llegada del Mesias, son
las estrenas del público infantil que
invierte sus estrenas con juguetes de
bajo precio. Entre estos hemos en-
contrado un abundante surtido de
cochecitos de laton con una figura,
que los hace andar empujando por
detrás, del mismo metal, soldado y
pintado con bastante propiedad; to-
do se vendía por [2 cuartos] el ju-
guete.

Nos hallamos completamente de-
sorientados con la graciosa variación
de temperatura. [Seis grados sobre
cerol] Esto debe ser una concesión
del termómetro, á favor de los po-
bres que no han conocido este año
las estrenas. La reaparición del
avergonzado Febo, imprime á todos
los semblantes la espresión del re-
gocio. Sus dorados rayos son como
la espiga del trigo que Ceres nos dá
para alimento, son como la sábila
que vivifica y como el bálsamo que
reanima. La inclemencia del tiempo
ha desaparecido con la muerte del
año viejo. La sonrisa del contenta-
miento se vé marcada en todos los
labios. La alegría reina en todos los
corazones. El año de 1880, ha naci-
do. Que modere los instintos salva-
jes de su antecesor y que colme de
dicha y ventura á mis ilustrados lec-
tores. Es todo cuanto deseo.

Hace pocos días asistí á los en-
sayos de la máquina Bouvet, para fun-
dir la nieve que la dirección de tra-
bajos públicos, emplazó en el Bule-
var Bonne-Nonvelle. Con cien kiló-
gramos de carbon, se liquidaba un
metro cúbico de hielo; lo que repor-
taba una economía de 75 por ciento
sobre el sistema ordinario de peo-
nes.

El fabricante de este aparato esta-
ba ya en tratos para proveer de va-
rios ejemplares al Municipio, pero
la temperatura se ha encargado de
ahorrar las cuantiosas sumas que hu-
biera necesitado el deshielo artificial
de toda la ciudad.

Grata sorpresa nos ha causado, el
encontrar hoy reemplazadas y en
número mucho mayor, las máqui-
nas de Bouvet por los escobillones
de Sohy, que tantos días han per-
manecido en la inercia.

Un ingeniero francés, Mr. Heuzé,
acaba de presentar al Ayuntamiento
un proyecto de ferro-carril aéreo,
parecido al que funciona en Nueva-
York, desde el año 1878. La vía será
establecida en calles de anchura de-
terminada para quedar cubiertas
casi en totalidad y ofrecer así un
abrigo á los transeúntes. Las colum-
nas que han de sustentar la armadu-
ra de la línea, serán de 8 metros de
altura y el paso de los trepes se
efectuará por los rails, colocados
á 9'50 mjm sobre el nivel de la cal-
zada.

El ferro-carril aéreo ofrece las
considerables ventajas sobre el me-
tropolitano ó subterráneo, en que
el trayecto se recorre al aire libre y
luz natural y el costo de las obras,
es mucho menor. Hay no obstante
el grave inconveniente de la oposi-
ción del vecindario, pues fácil es de
comprender, el estruendo que pro-
ducirá la circulación de trenes, con
sus trepidaciones y silbidos y hu-
mareda que molestará á los habitan-
tes, penetrando en sus aposentos y
cubriendo sus fachadas de hollín.

En la estación de San Lázaro se
están verificando actualmente las
esperiencias para escoger la compa-
ña de ferro-carriles del Oeste, el
sistema más económico de alumbrado.
La lucha es formidable. Al lado
de una línea de mecheros del gas
reformado, se vé otra línea de glo-
bos de la bujía Pablockhoff; en el
andén opuesto, los aparatos de Lon-

tin miden su poder lumínico con el
de las farolas de Werdemann. No
me atrevo todavía á emitir mi hu-
milde opinión sobre ninguno de ellos
pues según se desprende de la prác-
tica, el más uniforme en la llama,
y más intenso en resplandor, es el
más costoso en la instalación.

Entre los inventos que se han
sometido últimamente al examen de
la academia de Ciencias figuran tres
aparatos, que se fundan en princi-
pios físicos bastante conocidos y
aun la parte más esencial del in-
vento, completamente generalizada
en el dominio de la mecánica indus-
trial.

El primero es el Showspeed ó
indicador de velocidades, de Mr.
Napier, que se compone de un re-
ceptáculo de hierro fundido, lleno
de mercurio y un tubo por donde es-
te asciende á mayor ó menor altura,
según que la fuerza impulsada por
el movimiento de la máquina, sea
mayor ó menor. No debe llamar
gran cosa la atención entre los aca-
démicos, un invento que hace 60
años que se conoce, gracias á la
perseverancia del eminente construc-
tor de Falkstone, Mr. James Watt,
que nos legó para los motores, el
más útil é ingenioso de los descu-
mientos; el regulador á fuerza cen-
trífuga.

Más mérito reconozco en el indi-
cador de presiones de Mr. Deprez,
que tiene por objeto corregir los de-
fectos de construcción en el gradu-
ador Watt, permitiendo observar las
curvas, á distancia, consistiendo la
reforma esencial del aparato antiguo,
en que, en vez de los pistones para
marcar la presión del vapor en el
cilindro, es una membrana suma-
mente tenue, de metal, sujeto á la
presión constante y directa del va-
por.

Mr. Blanchet ha estudiado un
procedimiento para suprimir los ca-
bles, en las minas profundas. Con-
siste en un tubo, resistente y sin

FOLLETIN DEL ECO DE CARTAGENA.

DIA 7 ENERO 1880.

—20—

UNA VELADA EN EL MAR ROJO.

EPISODIOS INVEROSIMILES
POR ISIDORO MARTINEZ RIZO.

tes que dominaban el monte Chin-
kinjunga, de cuya parte superior,
del culminante pico que entre las
nubes se ocultaba, salía un volcan
espeluznante; y las nieves eternas
que allí habia, al ser licuadas por el
fuego, se derramaban en torrentes
por los repliegues y barrancos, ar-
rastrando peñascos á su paso con
una furia sin igual, mientras el fue-
go del volcan irradiaba un calor
irresistible que evaporaba las rugien-

tes aguas, cuyos densos vapores em-
pañaban el brillo de aquella atmós-
fera caótica y de un aspecto horri-
pilante. Al mismo tiempo, un éter
casi insensible á la conductibilidad
de los sonidos, oponía su compacta
densidad á las violentas vibraciones
y á la repercusión de los que, á mo-
do de silvidos, arrojan el volcan de
su profundo, hirviente y pavoroso
seno.

Aquella cósmica revolución no se
limitó, pues, á hacernos admirar la
magedad sublime de su terrible ca-
tactismo; á ver bajar las aguas des-
peñadas desde los altos picos de las
rocas; á sentir el calor insoportable
que amenazaba destruirnos; ni á ver
rodar peñascos gigantescos variando
las siluetas de los montes, sino que
un pánico terror, en alas de el ins-
tinto, más bien que aconsejados por

la reflexión, nos obligó á postrarnos
temblosos y á murmurar una ora-
ción que elevamos al cielo compun-
gidos.

Un tanto dueño de nosotros mis-
mos, despues de comprender la si-
tuación comprometida que alcanzá-
bamos, intentamos huir, pero fué
inútil nuestro afán. Estábamos per-
didos.

Desde el primer momento, las
derretidas nieves de la cumbre, y
despues, la incandescente lava del
volcan, cuyos vapores sulfurados di-
ficultaban nuestro aliento, habian
aislado el gran peñasco sobre cuya
planicie nos hallábamos.

En nuestro derredor, circundando
al peñasco, se habian ahondado los
abismos y nuestra situación se hizo
desesperada.

Durante aquel eterno día empezó

á descender la intensidad de la erup-
ción, y en la siguiente noche apenas
se notaban sus reflejos. Al tercer día
habia cesado por completo.

Entonces, el frio glacial que en
aquella region tan eminente se de-
jaba sentir, interrumpido brusca-
mente por la ignición sulfúrea de las
entrañas de la tierra, se hizo de tal
manera intolerable, que en nuestra
inanición por falta de calor, sentimos
la agonía que procede á la muerte,
que nos hacía llamarla como el su-
premo bien á que podíamos aspirar
en nuestra horrible desesperación.

Fuera tranquila mi agonía si solo
se tratara de mi vida. Solo en el
mundo, no dejaba tras mí seres ne-
cesitados de mi ayuda; pero debía
morir conmigo un padre de familia
que dejaba en la tierra sin amparo
á una débil muger, á tiernos é ino-